



EL USO OFICIAL DE LA SELVA EN EL PERU REPUBLICANO

por: Charles Walker

The following article is an analysis of the official policy applied in the occupation of the Amazonian territory throughout the 19th and 20th centuries; underlining the origins, changes and ramification of this policy. The autor affirms that the variety of groups that support or oppose plans for the development of the Peruvian Amazon share an ahistorical interpretation of the region. The historical analyses concentrate more on economic transformation than on the continuity between the different stages or periods that go from the migrations of Europeans for colonization (1820 to 1880), the rubber boom (1880 to 1920), and the period since 1920 when the Amazon is seen by Peruvian positivist intellectuals, influenced by Turner, as a convenient political "solution" for the social and economic problems of the Peruvian coast and highland regions.

L' article suivant est une analyse de la politique officielle appliquée à l'occupation du territoire amazonien durant le XIX^{ème} et le XX^{ème} siècle. Elle distingue les origines, les modifications et les subdivisions de cette politique.

L'auteur affirme que les différents groupes qui soutiennent ou s'opposent aux plans de développement de diverses manières, une même interprétation "anhistorique" de la région.

Les analyses historiques examinent plus les transformations économiques que l'enchaînement des différentes étapes ou périodes, depuis l'arrivée des immigrants européens de la colonisation (de 1820 à 1880), le boom du caoutchouc (de 1880 à 1920) et à partir de 1920, quand la selva apparait pour les intellectuels positivistes péruviens, influencés par Turner, comme une "solution" politique satisfaisante pour les problèmes sociaux et économiques de la Côte et de la Sierra péruvienne.

INTRODUCCION

Los políticos peruanos frecuentemente presentan a la selva como la panacea social y política de la Nación. De acuerdo con esta perspectiva, el desarrollo de la región crearía nuevos recursos de riqueza, estimularía el flujo de capitales, y elevaría los niveles de producción de víveres básicos para el mercado interno y externo. En los niveles social y político, el establecimiento de poblaciones y el crecimiento de los centros poblados existentes aligeraría las presiones demográficas en la explosiva sierra y en la costa, ayudaría a la defensa de la Nación en contra de las intromisiones de sus vecinos amazónicos, e inyectaría un nuevo espíritu empresarial y nacionalista en la población peruana. En palabras de Fernando Belaúnde Terry*, la integración de la región resultaría una: "nueva simbiosis política y económica, la cual uniría al Perú en un todo integrado" (Belaúnde, 172).

Un amplio criticismo emergió en respuesta a aquella entusiasta evaluación acerca del potencial de la selva. Antropólogos, economistas, ecologistas, y otros grupos de oposición denunciaron la aniquilación de tribus nativas, la devastación ecológica, el desconocimiento de recursos humanos y naturales en las regiones de la Costa y Sierra, y otros pretendidos defectos de la incrementada actividad económica de la región. Se pudo percibir una creciente nota alarmante respecto al destino de los grupos indígenas, ya que reportes de genocidio alcanzaron la prensa. La devastación ecológica atrajo la atención internacional, particularmente el proyecto masivo brasileño, en vista que supuestamente la cuenca amazónica produce cerca del 40% del oxígeno del planeta. Muchos temían que la deforestación que tiene lugar con el desarrollo de la región, podría disminuir la provisión de oxígeno e irreversiblemente cambiar el orden biológico del mundo. Una amplia variedad de grupos manifestaron su oposición a los planes de desarrollo para la Amazonía Peruana, aduciendo que éstos representaban una costosa evasión al problema nacional, y que además eran una amenaza para la región, y de acuerdo a algunos, para el mundo.

A pesar de estas diferencias acerca de la factibilidad y beneficios del desarrollo de la selva, los que proponen y los que se oponen, ambos comparten de muchas maneras una interpretación histórica de la región. Los dos puntos de vista son diametralmente opuestos en una serie de temas-planes de desarrollo que significan una utilización o mal gasto de recursos naturales; la civilización o exterminación de la población nativa; la domesticación o destrucción de lo salvaje. Sin embargo, ambos tienden a concebir la selva como una vasta y relativa región virgen, con un desarrollo que representa tanto una gran promesa como una desoladora tragedia. Los cambios tecnológicos, políticos y económicos del siglo veinte se utilizan para explicar el incremento rol de la región modelando así los debates de las políticas con respecto a los aspectos ecológicos, culturales y sociales ya mencionados.

(* Anterior Presidente del Perú, durante el período de 1980-1985.

Mientras que las transformaciones del siglo veinte (mayor demanda de recursos naturales, la costa y sierra sobrepobladas, transporte mejorado), crearon indudablemente las condiciones para una mayor atención y actividad en la región a partir de la Segunda Guerra Mundial, motivos, interpretaciones, acciones y resultados similares se pueden encontrar en anteriores gobiernos republicanos. La selva no ha sido una región abandonada ni políticamente marginada sino que, por el contrario, ha atraído la constante atención de los sectores oficiales; el entendimiento de esto podría proveer de un contenido más profundo a las polémicas contemporáneas.

Este trabajo analizará la "visión" oficial de la selva a lo largo de los siglos diecinueve y veinte, en un intento de mostrar las raíces de la actual controversia acerca de su integración. Se tratará de dilucidar el rol que la selva ha jugado para la élite política y económica, resaltando el patrón que junto con los cambios estructurales anteriormente mencionados, definen enormemente la actual situación. La mayoría de análisis históricos se concentran en las grandes transformaciones de la función económica de la región, sin tomar en cuenta la continuidad entre las diferentes épocas. En general, el período entre 1820 y finales de 1880 es interpretado como inactivo para la región, ya que los planes de unión por medio del transporte y la colonización europea fracasaron debido al caos político, a la ineficiencia y a la concentración del Estado en asuntos más inmediatos.

El boom del caucho de los años 1880 a los 1920, es percibido por el aumento de las actividades económicas de la región, manifestando así su potencial como proveedor de recursos naturales. Desde entonces, la extensión de varias actividades extractivas y la expansión de colonias agrarias, han atraído crecientemente la atención; la actual polémica. Este tipo de análisis se concentra tanto en los cambios de orígenes de la fuerza de trabajo, como en sus actividades y resultados, y por lo tanto apoya la visión de que la experiencia de los años posteriores a 1920 es única. Este trabajo enfatizará, por el contrario, la consistencia en la visión oficial de la selva a lo largo del Perú republicano, resaltando los orígenes, alteraciones y ramificaciones de esta tendencia.

El uso de la palabra "oficial" deriva de una relación recíproca entre la sociedad civil y política, tal como lo define Antonio Gramsci. Las aparentemente apolíticas asociaciones voluntarias de la sociedad civil —en las cuales la influencia de las ideas e instituciones operan no al margen de la dominación sino consintiéndola— pueden ser vistas en la sociedad occidental como un reflejo del punto de vista estatal. Por lo tanto, la política del gobierno puede ser entendida no sólo a través de la interpretación de su propia retórica, sino también a través del análisis de los sectores e instituciones cuyos intereses coinciden con los del Estado. En el caso de la selva peruana, esto permite un estudio más profundo a través de la incorporación de una más amplia gama de materiales, particularmente de los prolíficos escritos de los positivistas de los comienzos del siglo veinte. La articulación que estos últimos hacen de la visión "oficial" une las inefectivas políticas del siglo diecinueve con el más internacionalista, burgués y desarrollista estado del siglo veinte, señalando elementos constantes en la visión gubernamental de la selva.

Este trabajo se concentrará en la perspectiva oficial y, por tanto, no tomará en cuenta una serie de importantes tópicos tales como las condiciones sociales en la selva, la resistencia a las políticas, y las variaciones regionales. Este acercamiento podría ser criticado por duplicar la estrecha visión de los sectores dominantes: la interpretación de la selva como un lugar vacío sin mayor actividad cultural, donde las actividades económicas son llevadas a cabo por extraños al lugar. Obviamente, la selva está lejos de ser un territorio homogéneo ya que contiene culturas, climas y estructuras económicas ampliamente diferentes. Sin embargo, este trabajo usará los términos: selva, montaña, ceja y cuenca amazónica como virtuales sinónimos. Esto una vez más duplica la visión oficial de la selva, que se hace necesario por lo amplio del tema.

Un análisis histórico de la visión y uso oficial de la selva, puede ayudar a explicar la actual política, explorar temas mayormente ignorados, a dilucidar temas sociales y políticos dominantes, y a profundizar el entendimiento del Perú pasado y actual.

EL SIGLO DIECINUEVE

El caos de las primeras décadas del Perú republicano impidió al gobierno tomar iniciativas hacia la selva, ya que la atención estaba puesta en la capital. En realidad, conflictos con la Iglesia —que durante el período colonial fue siempre la principal representante de la Corona Española en la selva— llevó al total abandono de varias misiones en la selva central y a una general desvinculación con la costa (Izaguirre, v. 9). Sin embargo, una serie de leyes e iniciativas provenientes de Lima, mostraron el interés del gobierno hacia la selva; sobre todo mediante el deseo de atraer campesinos europeos. En 1822 el General San Martín proclamó que las posesiones reales en el oriente peruano, podían ser reclamadas por cualquiera que deseara trabajarlas, y en 1828 esta tierra fue prometida a todos los inmigrantes (Werlich, 326-328). En noviembre de 1832 se dictó una nueva y más completa ley, la cual daba por creado el departamento de Amazonas; así se demarcó las fronteras de varias provincias y otra vez se ofreció tierra libre a los inmigrantes (Ministerio de Agricultura, 3-4). Estas medidas sin embargo resultaron ineficaces, ya que la turbulencia política y los reducidos recursos impidieron su realización. El Ministerio de Relaciones Exteriores reconoció este fracaso tal como lo dijo en 1846: “Después de muchas expectativas frente a la inmigración europea,... hemos esperado inútilmente veinte años, y el primero tiene aún que llegar” (Arona, 135).

No fue sino hasta la presidencia de Ramón Castilla que el gobierno pudo formular una, comparativamente, efectiva política amazónica. El transporte fue la clave en los planes para integrar la selva, preferentemente cambiando de la navegación fluvial hacia las vías ferroviarias hacia las últimas décadas del siglo diecinueve. Un cierto patrón, en el cual grandiosos esquemas de transporte serían presentados como la so-

lución al aislamiento de la región, resultarían en rutas pobremente planeadas y a menudo insuficientes para las necesidades locales. Incluso hacia los años 1840 se había hecho evidente que la colonización europea en la selva requería de una ayuda más coherente y un mayor expendio de dinero de parte del gobierno. A raíz de esto, el Estado peruano comenzó a tomar medidas para facilitar y financiar a estas poblaciones con el fin de atraer trabajadores europeos. En el período 1840-1880, la irregularidad en la ayuda del gobierno se hizo evidente, ya que numerosos proyectos fueron abandonados debido a los cambios de régimen e intereses, mientras que otros se iniciaron en respuesta a problemas fronterizos y a exigencias políticas en las regiones de la selva y sierra. Obviamente la selva ocupó un papel secundario ante los ojos del Estado ya que sirvió como una solución efímera a los apremiantes problemas, excluyendo el racional desarrollo de la región a través de la propuesta colonización europea y el incremento de la actividad económica.

El logro más notable del plan de Gobierno para incorporar la selva que sostuvo Castilla, fue la introducción de la navegación a vapor en los ríos de la zona. Los esfuerzos del empresario Brasileño Antonio Marcelino Pereira Riviera, fracasaron al hacerse evidente que una mayor inversión sería necesaria. En 1853 una empresa peruano-brasilera importó el primer vapor proporcionando servicio a lo largo del Amazonas. En 1854 el gobierno peruano adquirió los nuevos vapores para ser usados en el río Marañón, pero su baja calidad y la incompetencia de su tripulación los volvió inútiles a partir de 1856 (Werlich, 315; Delboy, 14-15). En 1861 los fondos se usaron para comprar cuatro vapores ingleses, los cuales junto con los comprados luego, sirvieron el nor-este peruano hasta 1877, cuando la compañía fluvial Peruana, compañía privada, asumió el control bajo contacto con el gobierno (Werlich, 317). En 1868, con el fin de facilitar la inmigración a la región amazónica, y proveer las facilidades necesarias para el comercio internacional, el gobierno peruano declaró la navegación de sus aguas "abiertas a las banderas de todas las naciones" (Guillaume, 44).

El presidente Castilla completó la primera línea férrea en América Latina, que iba de Lima a Callao, la cual quiso extender hasta la selva (Raimondi IV, 448). El presidente José Balta (1868-1872), contrató al ingeniero Henry Meiggs para continuar la construcción de la mencionada línea férrea hasta La Oroya y Cerro de Pasco, igualmente con la esperanza de llegar hasta la selva (Stewart, *pássim*). Entonces se creía que el ferrocarril facilitaría la inmigración, mientras que la explotación de los recursos naturales de la región pagaría la construcción de la línea y fortalecería la debilitada economía peruana (Werlich, 314). Sin embargo, la línea férrea apenas alcanzó La Oroya. Esta línea representó una obra maestra de ingeniería, pero a la vez resultó un desastre económico (Stewart, *pássim*). Intentos de construir una carretera hacia la montaña también fracasaron en este período, ya que los estimados nunca se aproximaron a los costos reales. La inconsistencia en las políticas peruanas, tanto como la atención a problemas "más cercanos", hicieron más difícil aún el éxito de las empresas de transporte a gran escala.

La navegación a vapor, junto con el aumento en la demanda de varios productos y la exención de pago de derechos a la importancia decretada por Castilla en

1845, dieron lugar a un fuerte crecimiento económico en la selva de 1845 a 1879. El comercio internacional se multiplicó por quince, entre los años 1854 y 1870, gracias a la exportación de tabaco, zarzaparrilla, pescado seco y sobre todo a los sombreros de paja. La comercialización de este último producto llegó a tener tanta importancia que varios países establecieron consulados en Moyobamba, centro de la producción (Werlich, 3 17; Rumrill, 18). Las importaciones aumentaron al mismo ritmo variando su composición desde un predominio de bienes durables en los años 1850, hasta víveres en la década del 70. En este último período se importó harina y manteca de Estados Unidos, mantequilla enlatada de Inglaterra, café y azúcar de Brasil, y arroz de Brasil e India. Grandes cantidades se gastaron en la adquisición de máquinas, carbón, metales y otras materias primas, tanto como en bienes de lujo para los nuevos ricos de la región (Werlich, 318). Ya en los años 1870 la zona nor-este del Perú, particularmente Iquitos, reflejó la clásica estructura de una economía de exportación de productos primarios y de importancia de la mayor parte de sus productos de consumo básico.

Aunque el supuesto potencial económico de la selva atraía constantemente el interés de los diferentes gobiernos, cuestiones de seguridad constituyeron la principal razón de sus acciones en la región. Debido a reportajes de rebeliones "chunchas", que supuestamente impedían el crecimiento económico de la zona, tropas militares fueron frecuentemente enviadas. Como algo representativo del papel diverso del ejército en la selva, en 1851 grupos militares llegaron al Alto Marañón para reprimir a los aguarunas, estableciéndose después en poblaciones del lugar (Werlich, 311). Invasiones extranjeras y una confusión general sobre la demarcación de las fronteras amazónicas, constituyeron la principal razón para tomar medidas de seguridad en la región ya que, como dice Basadre: "un creciente temor que, si el Perú no realizaba inmediatamente las acciones que debería para incorporar a la selva dentro de su territorio efectivo, la podría perder en manos de sus vecinos" (Basadre, v. 3, 1205).

En 1857 Ecuador dio como concesión a uno de sus acreedores ingleses, un territorio extenso que incluía parte de la Amazonía peruana. Esto, junto con la crítica ecuatoriana al régimen de Castilla y la ayuda prestada a grupos rebeldes, dio lugar a la reacción del presidente peruano. En 1859, las fuerzas peruanas ocuparon la zona en conflicto y hacia 1860 llegaron a Guayaquil, dando comienzo a una serie de conflictos fronterizos entre los dos países (Basadre, v. 3, 1191-1204).

En 1860 una nueva disputa estalló en el área de Madre de Dios, esta vez entre Brasil, Bolivia y Perú. El gobierno peruano fomentó inmediatamente exploraciones en la zona, pero la ignorancia peruana acerca de sus territorios orientales se hizo evidente en 1867. Después que Bolivia cedió vastos territorios, que supuestamente pertenecían al Perú, el gobierno peruano sólo pudo protestar inútilmente debido a la carencia de información detallada sobre la región. En 1874 el Estado peruano se vio imposibilitado de actuar frente a la toma de la región de Acre por parte de Brasil. Por lo tanto, la necesidad de explorar, construir redes de transporte, y poblar los vastos territorios de la selva peruana, debido a la amenaza de intrusiones extranjeras, pasó a ser parte de la conciencia nacional en el siglo diecinueve, algo que persistiría

a lo largo del siglo veinte. Esos proyectos oficiales dirigidos a aumentar las actividades económicas y a proteger los territorios peruanos, necesitaron del establecimiento de centros poblados en la región selvática. Los serranos no fueron considerados como posibles colonos, debido a su resistencia a la migración: hasta los años 1940, los enclaves de exportación en la costa sufrieron de una escasez de mano de obra, debido a que los campesinos volvieron a sus comunidades (Bonilla, 27-44). También se pensaba que el serrano no podía resistir los cambios fisiológicos resultantes de su migración hacia la selva, considerándosele como perteneciente a una raza inferior. Algo muy indicativo de los prejuicios raciales de la América Latina del siglo diecinueve fue la preferencia de colonos europeos. Se veía la llegada de barcos repletos de europeos no sólo un recurso de mano de obra sino, también, una fuente de rejuvenecimiento y fortaleza. De acuerdo a un documento:

“Una abundante y continúa inmigración, inteligentemente organizada, transformaría al Perú en unos cuantos años en un inmenso imperio; colosal en opulencia y poder”⁴

(Arona, 28)

La selva fue considerada como el lugar perfecto para los inmigrantes, ya que la élite nacional, a pesar de resaltar las virtudes de la inmigración y de la política económica liberal, se dio cuenta que los europeos no aceptarían las condiciones de trabajo bajo las que se encontraban los negros y los chinos coolies. Además, la oligarquía deseaba proteger su hegemonía en la costa.

En vista al fracaso previo del Perú en atraer inmigrantes, y a la competencia frente a los Estados Unidos, Brasil y Argentina, se hizo evidente que el Estado debía tomar un rol más activo en esta empresa. Se inició así una gran campaña propagandística, y aún más importante que esto fue el ofrecimiento de grandes pagos a aquellos empresarios que importaron mano de obra. La Ley General de Inmigración de 1849 decretaba el pago de treinta pesos por cada inmigrante que tuviera entre diez y cuarenta años, y requería que cada empresario proveyera de cincuenta personas. Esto dio como resultado la inmigración de 2,500 chinos, 1,100 alemanes y 320 irlandeses entre 1849 y 1853 (Arona, 53). Contrario a los deseos del Estado peruano, la gran mayoría de inmigrantes se quedaron en la costa. Además muchos de ellos eran chinos. Todo esto llevó al gobierno a establecer contratos particulares con los “importadores” de mano de obra (Arona, 52-54).

La historia de la colonización europea hacia la amazonía ilustra las dificultades que presenta la región y el papel secundario que los proyectos de colonización y la selva en general, jugaban ante los ojos del Estado. Las promesas de subsidio a la llegada de los inmigrantes, no fueron cumplidas por el gobierno peruano, no se proveyó de las facilidades de transporte hacia las colonias; y los inmigrantes afrontaron una serie de obstáculos al llegar a sus futuros poblados; todo esto exacerbadó por la inconsistencia en el apoyo estatal. Estos intentos de colonización, demostraron el patrón de la retórica oficial, repleta de promesas, la cual se materializó en ayuda esporádica y en inesperadas duras condiciones de vida para los inmigrantes. La incor-

poración de la selva dentro de la economía nacional, elemento clave en los planes liberales de modernización en el siglo diecinueve, probó la necesidad de un subsidio consistente de parte del gobierno, el cual sin embargo fue escasamente provisto. En 1853 Manuel Ijurra y Damián Von Schutz Holzhausen, firmaron un contrato con el gobierno peruano para traer 13,000 alemanes a la zona del Marañón antes de 1860, bajo la condición que el gobierno pagara los costos de transporte y proveyera tierras y herramientas.

En realidad, menos de seiscientos inmigrantes llegaron, los cuales desilusionados con el aislamiento y condiciones que presentaba la zona, migraron hacia Brasil (Werlich, 327; Arona, 64-67), José Manteza trajo 1,060 europeos pocos de los cuales eran campesinos; en 1955 el gobernador general del departamento de Loreto reportó que sólo dos miembros del mencionado grupo se quedaron en el Perú; uno de los cuales —de nacionalidad francesa— causaba disturbios constantemente y se le pidió abandonar el país (Werlich, 328). Otros proyectos para establecer colonias de inmigrantes irlandeses, franceses, españoles e italianos, también fracasaron (Werlich 339-341; Arona, 71-85). El caso único de Pozuzo demuestra, paradójicamente, que tan sólo gracias a la mantención de una economía de sub-sistencia y un aislamiento del resto de la nación, esta población de colonos pudo superar todas las dificultades que se le presentaron, cosa que resultó completamente contraria a las expectativas de integración, difusión racial y estímulo económico que el gobierno tenía de este tipo de poblaciones.

Los 296 hombres, mujeres y niños provenientes de Tirol y del valle del Rin, encontraron inmediatamente obstáculos al llegar al Callao en 1856, ya que el nuevo gobierno no reconoció su contrato. Luego de una larga espera se les proveyó de herramientas, ganado y víveres, siendo transportados a Huacho de donde comenzaron un viaje de tres meses a Cerro de Pasco. El camino a Pozuzo que, según su contrato, debía haber estado listo para el momento de su llegada, ni siquiera se había comenzado y las autoridades de la región no permitieron el uso de las antiguas rutas (Werlich, 329). Además, no recibieron la pensión prometida, lo cual obligó a muchos de ellos a trabajar en haciendas. Luego de varios meses en Cerro de Pasco, los alemanes comenzaron a construir la mencionada carretera por su cuenta y en 1858 llegaron hasta el valle de Huancabamba, situado a varios kilómetros aguas arriba del río Pozuzo (Arona, 53). Por desgracia, una intempestiva inundación mató a siete colonos y destruyó sus casas, sus recién cultivadas chacras y la mayor parte de sus posesiones (Arona, 73).

Luego de esta terrible odisea se halló un lugar más seguro, y hacia 1861 un oficial del gobierno aseguró que sus campos de cultivo estaban floreciendo, lo cual dio lugar a la completa suspensión de subsidio (Drewes, 12). Debido a su aislamiento los alemanes se encontraban descalzos y casi desnudos, impedidos de reemplazar sus pocas posesiones. A pesar de todo esto sobrevivieron y hacia 1904 la colonia se había triplicado produciendo maíz, arroz, mandioca, para consumo interno, y café y tabaco para la exportación. El pueblo mantuvo su herencia cultural ya que la mayoría de sus habitantes eran bilingües, usaban su ropa tradicional, no usaban aparatos eléctricos,

centrando sus vidas alrededor de la iglesia y el trabajo (Drewes, 18-20). Sin embargo, a fines del siglo diecinueve Pozuzo contaba tan sólo con una escuela y sus habitantes sufrieron de numerosos problemas de salud. Fiebre amarilla, anemia, bocio, cretinismo y retardo mental plagaron la comunidad debido al agua contaminada, clima, consumo excesivo de alcohol, deficiencia de vitaminas, pobre higiene personal y por las consecuencias de relaciones incestuosas (Werlich 335; Drewes, 20). El caso de Pozuzo demuestra la naturaleza esporádica de la ayuda gubernamental, y sobre todo las tremendas dificultades inherentes a los proyectos de colonización agraria en la selva. Los fines de colonización —aumentar la producción para la exportación, la europeización de la sociedad peruana, y la afirmación de la conciencia nacional— no resultaron ya que la sobrevivencia de los alemanes derivó de su devoción y unión.

La humillante derrota frente a los chilenos en la Guerra del Pacífico, marcó el fin de la “era del guano” y el comienzo de la “República Aristocrática”; período en el cual la selva asumiría un papel diferente, pero más importante. Después de quince años de incesante lucha civil y conflictos regionales que siguieron a la guerra, la burguesía comercial costeña —los civilistas— tomaron el poder político. Su programa, evidente ya en los años 1880, se centró en ofrecer facilidades y aumentar el rol internacional del Perú como productor de materias primas. Ellos ambicionaban una fuerte clase dominante, ayudada por un Estado centralizado, fomentando el crecimiento económico y social a través de la extensión de la economía capitalista (Cotler, 119-121). La incorporación de las clases populares dentro de una estructura jerárquica nacional fue también enfatizada, ya que la Guerra del Pacífico había demostrado la falta de cohesión social en el Perú. Un representante inglés escribió en 1879 que:

“El Perú parece haber sido paralizado, la gente aparece tan indiferente con respecto al futuro como las clases dominantes, las cuales piensan más en sus ambiciones personales que en el bienestar del país”.

(Bonilla, 188)

Incluso hubo serranos que pelearon al lado de los chilenos (en un cuento de López Albújar, un líder indio cuando se le pidió integrar las fuerzas peruanas, contestó que los “piruanos” y los chilenos eran todos mistis); mientras que después de la guerra, violentas luchas entre negros y chinos tuvieron lugar en la costa (Bonilla, 194-220; Cotler, 118-121). Por lo tanto, el establecimiento de una política de dominante élite burguesa nacional para estimular la capacidad de exportación y para “peruanizar” las clases populares, se convirtió en la tarea principal de los civilistas. La selva se convirtió en uno de los centros para la internacionalización de la economía peruana mientras, al mismo tiempo, el contexto favoreció el establecimiento de trabajadores peruanos en la región. Ambos fenómenos configurarían el uso de la selva en el siglo veinte.

En las últimas décadas del siglo diecinueve, por lo tanto, se llevó a cabo una mayor coherente promoción para el desarrollo económico de la selva. Las Instituciones se organizaron para coordinar con la política del Gobierno y facilitar la inversión extranjera, mientras que la Iglesia se encargó de establecer comunidades y “civilizar”

a los nativos (Izaguirre, v.9, pássim). En este período, la visión oficial de la selva fue claramente articulada y transmitida a través de publicaciones, presentando la región como un inexplorado paraíso que ofrecía inmejorables condiciones naturales y prometedora de riquezas. Esta imagen de la selva presentada por el Perú oficial, se ve claramente en el "Report of the Exploration and Colonization Society of the Amazon Provinces of Peru" publicado en 1885. Luego de descubrir "los esfuerzos para llevar a cabo la exitosa colonización", el presidente de la sociedad afirmó:

"Ningún país del mundo puede estar mejor dotado por la naturaleza con respecto a ríos que el Perú. Por un lado está favorecido con el Océano Pacífico; por el otro con numerosos ríos, los cuales hermosamente parten su territorio y eventualmente se unen para formar una gigantesca corriente, la cual majestuosamente saluda el Atlántico... donde el distrito a través del cual fluye, es rico en toda clase de minerales y productos vegetales.

(Guillaume, 14-15)

El autor continúa con la afirmación que la escasez de habitantes constituía el mayor problema en la región, ya que "año tras año se pierde millones de libras en productos naturales, los cuales sólo maduran para caer luego sobre la tierra". Sostiene también que la Sociedad intentaba "introducir inmigración de una manera metódica", facilitando el proceso de ciudadanización y el desarrollo comercial. Su análisis sobre la potencial inmigración hacia el Perú tipifica la visión oficial de la selva:

"Ningún país tiene tantas ventajas que ofrecer a los inmigrantes como nosotros tenemos: un suelo muy fértil, riquezas naturales amontonadas en él; un clima inigualable. Nuestra proverbial cordial hospitalidad, y todo lo que es deseable en este mundo, nosotros lo ponemos a disposición de aquellos que desean venir y vivir con nosotros".

(Guillaume, 16-17)

En las décadas siguientes a la Guerra del Pacífico, la actividad económica de firmas extranjeras y particulares aumentó en la selva, reflejando la política de los civilistas y la creciente demanda por los productos de la región. La anteriormente mencionada Sociedad manifestó que su objeto era "preparar las regiones amazónicas del Perú para la colonización europea y, por lo tanto, abrir la misma para la civilización y el cristianismo"; ya que auspiciaba viajeros extranjeros y una campaña publicitaria en la prensa europea y norteamericana. Cantidades de investigadores extranjeros exploraron la región mientras que comisiones oficiales, representando otras naciones, analizaron su potencial económico. La afirmación de Juan Arona de que la selva sería transformada en un vasto imperio, comenzó a materializarse a partir de 1880 hasta fines de siglo, ya que la mano de obra extranjera, y capital respondieron a la propaganda peruana en cuanto a las virtudes de la región.

Tal como señalamos anteriormente, la escisión entre la retórica oficial y los resultados de la política económica, definen intentos de incorporar la selva en los primeros setenta y cinco años de independencia. Planes para el establecimiento del

transporte inter-regional y comunicación con la selva; la masiva colonización europea; y el desarrollo económico general no tuvieron los resultados esperados. Los inmigrantes europeos en el Perú, encontraron promesas incumplidas acerca de la cantidad de asistencia que recibirían y de la calidad de sus propiedades, lo cual dio lugar a su traslado a la costa o a su migración hacia Brasil. Por otro lado, esto puede ser interpretado como el resultado de una sobre-optimista o "inocente" apreciación acerca del potencial de la región, tanto como de la capacidad gubernamental para llevar a cabo proyectos de gran escala. Poco se sabía acerca de la región, ya que se puede decir que los defensores oficiales del crecimiento demográfico y económico de la selva, no entendieron completamente los obstáculos físicos que requirieron de grandes gastos. Sin embargo, los continuos esfuerzos de distintos gobiernos para implementar la colonización europea, sin tomar en cuenta las dificultades previas y los inherentes costos, implicó que los "fracasos" del siglo diecinueve se derivaron de la posición secundaria que la región tuvo para el Estado; la colonización emergió como la solución a problemas "nacionales" y no como un plan racional para la integración nacional.

Esencialmente, la política oficial de la selva emanó de factores absolutamente externos a ella. El deseo de la élite de "emblanquecer" el Perú sin poner en peligro su hegemonía la llevó a promover la inmigración europea. Las condiciones de la región y los mismos europeos no fueron suficientemente entendidos ni considerados. La reticencia a la incapacidad del estado para proveer suficiente apoyo financiero e infraestructural, aseguró el fracaso de los proyectos. Las facilidades de transporte fueron planeadas en respuesta a cuestiones de seguridad, disminuyendo en importancia cuando el conflicto acabó, mientras que se requirió de un aumento en la producción de bienes de exportación, cuando la producción en la sierra y costa decayó. En general, el interés en la selva correspondió a necesidades efímeras y fluctuaciones ideológicas del Estado, lo cual obstruyó una factible política hacia una región que requería de una inversión a largo plazo. Transporte, inmigración, seguridad y desarrollo económico constituyeron los principales factores en la retórica y política oficial, un patrón que continuaría.

EL CAUCHO

El crecimiento meteórico de la exportación de caucho entre los años 1880-1920, transformó la estructura social y política de la selva, ya que los sueños de una región de vasta producción fueron, en cierta medida, realizados. Durante este período, se exportó goma con un valor de más de 80 millones de dólares, representando en 1907 y 1910, el 21.7 y 18.3%, respectivamente, del total de exportaciones del país (Werlich, 352-353; Rumrill, 22-23). Las relaciones de la región con la costa, Europa y los Estados Unidos, como el modo de producción local y la jerarquía, cambiaron con la consolidación de su rol de productor de materiales extractivos, dependiente de mercados y capitales extranjeros. Un cierto sentido de opulencia reinaba, ya que empre-

sarios ingleses, americanos y peruanos hicieron fortunas convirtiendo Iquitos en un lugar de ostentoso esplendor.

Otras transformaciones tuvieron lugar, las cuales aparentemente presagiaron el patrón de desarrollo en el siglo veinte. Sin embargo, la divergencia entre la retórica oficial optimista y los inefectivos e insuficientes resultados de los esfuerzos gubernamentales, repite una vez más el patrón oficial en el uso de la selva. El Estado no pudo llevar a cabo las ambiciosas "victorias" hegemónicas y políticas, ya que a pesar de sus promesas, sus políticas y los cambios estructurales, la selva continuó teniendo un papel secundario en la geopolítica peruana.

La extensión de la economía de exportación a la selva, correspondió al programa civilista de modernización del Perú. Sin embargo, el rol del Estado como controlador y fomentador del comercio de caucho fue mínimo: el boom fue consecuencia directa de la existencia de un producto de alta demanda en el territorio peruano. Realmente, la ausencia de intervención gubernamental —explicada por el predominio de las actitudes de "laissez faire", el creciente aislamiento del área, y la negligencia o incapacidad del Estado peruano— tuvo como resultado un mal gasto de recursos naturales y vidas humanas. Árboles caucheros fueron destruidos y muchos trabajadores murieron, mientras que efectos positivos a largo plazo para la región, o la nación en general, no resultaron.

A pesar que el uso comercial del caucho comenzó en Inglaterra en los años 1770, no fue sino hasta 1844, cuando Charles Goodyear inventó el proceso de vulcanización, que su versatilidad se hizo aparente. La demanda por el producto amazónico aumentó en los años 1880, con la introducción del caucho sólido para llantas de bicicleta, multiplicándose en los primeros años del siglo veinte con la revolución automovilística (Werlich, 354). Dos clases de caucho existían en la cuenca amazónica: el jebe, extraído del árbol de shiringa, y el caucho de menor calidad, traído del árbol del mismo nombre. A pesar de las diferencias existentes en los métodos de explotación de los dos tipos de árbol, ambos dieron lugar a una mano de obra nómada y a un desperdicio de recursos. El cauchero perforaba el árbol, colocaba un balde para recoger el latex, y finalmente dejaba que el árbol muriera (Werlich, 359). El comercio del caucho estuvo organizado alrededor de la extensión de créditos, ya que grandes casas comerciales, peruanas y extranjeras, importaron a Iquitos todo lo necesario para los caucheros. Los bienes pasaron a través de muchas manos, motivo por lo que los precios resultaron muchos más altos en las zonas de explotación, tal como evidencia la *tabla 1*. Aunque existía el mito de que los trabajadores que entraban en la selva regresaban millonarios, los caucheros, a pesar de la demanda de mano de obra, obtuvieron las mínimas ganancias del comercio ya que el enganche de los nativos predominó.

El caucho provocó una actividad económica sin precedente en la selva, centrada en Iquitos. El precio internacional del caucho y la producción peruana fluctuaba; pero, como se puede notar en la *tabla 2*, el ingreso anual proveniente de las aportaciones de caucho tuvo un promedio superior a los 5 millones de soles entre 1900 y

Tabla 1: Precios de la venta al por menor en Iquitos y el Alto Yurúa en 1910
(en dólares)

Item	Unidad	Iquitos	Alto Yurúa
Arroz	libra	\$ 0.05	\$ 0.45
Frejol	libra	\$ 0.15	\$ 0.23
Azúcar	libra	\$ 0.13	\$ 0.23
Manteca	libra	\$ 0.20	\$ 0.90
Huevos	docena	\$ 1.20	\$ 3.00
Leche	lata	\$ 0.30	\$ 1.00
Cerveza doméstica	botella	—	\$ 1.50
Kerosene	litro	—	\$ 3.00

Fuente: Maúrtua, "Geografía económica del Departamento de Loreto", 138, 169.

1915. Iquitos se convirtió en el indiscutible centro político, económico, y cultural del Perú oriental, con el consecuente crecimiento en su población. En el punto máximo de su auge, la ciudad albergó agentes diplomáticos provenientes de diez naciones, así como un hospital, cuatro periódicos y numerosas escuelas (Werlich, 367-370). La ciudad demostraba las injusticias y malgastos típico del "boom town", ya que la mayoría de ganancias, no directamente llevados al exterior, fueron gastadas en lujos por parte de los inversionistas extranjeros y nacionales y en la importación de necesidades básicas. Se importaron guijarros de Portugal para pavimentar una calle; una casa de hierro diseñado por Eiffel fue traída desde Francia, papas de Portugal, cerveza alemana, y helados ingleses fueron consumidos. El salón de baile del Gran Hotel Malecón Palacio fue el lugar de actuaciones de Sarah Bernhardt y la Gran Opera Francesa (Rumrill, 22). Por otro lado, zanjas en el medio de las calles sirvieron como sistema de desagües y tampoco se hicieron esfuerzos para estimular la producción de víveres para consumo local. En 1906, se importó algodón por un valor de 450,000 dólares; arroz, azúcar y carne por un valor de 250,000 dólares; y pescado en conserva por un valor de 90,000 dólares. Aunque el departamento tenía sesenta pequeñas destilerías de aguardiente, casi un cuarto de millón de dólares se gastó en la importación de licor en el mismo año (Werlich, 372). Existen varias historias acerca del derroche de los nuevos ricos como por ejemplo: el intercambio de bolsas de oro por alcohol.

El boom del caucho trajo como consecuencia cambios demográficos en la región y en el país en general, ya que la escasez de mano de obra dio lugar a una migración interna y a un "reclutamiento" de nativos. Los mestizos de las zonas ribereñas y los hombres de las montañas dejaron sus comunidades agrícolas sin suficiente mano de obra, para dirigirse al área de explotación cauchera.

Tabla 2: Exportaciones Peruanas de Caucho, 1880-1921

Años	(Toneladas Métricas)	Promedio del Precio de Exportación (en Miles Cantidad de Soles por Tonelada Valor)	
			(Soles)
1880	83	1.40	116,532
1881	94	2.00	188,100
1882	150	2.00	301,514
1883	155	2.00	310,874
1884	540	2.00	1,081,058
1885	2,066	0.31	658,661
1886	1,143	0.78	892,710
1887	710	0.97	692,075
1888	1,643	1.01	1,670,410
1889	991	0.64	630,233
1890	1,138	1.02	1,170,541
1891	1,469	0.47	706,546
1892	1,524	0.16	248,191
1893	1,531	1.00	1,539,806
1894	1,294	1.38	1,794,371
1895	912	3.05	2,154,072
1896	1,187	2.35	2,791,238
1897	1,886	1.95	3,684,136
1898	1,811	1.05	1,917,969
1899	1,374	1.83	2,516,956
1900	1,229	2.79	3,429,470
1901	1,220	3.64	4,447,659
1902	1,701	2.16	3,688,140
1903	2,108	2.09	4,447,659
1904	2,221	3.01	6,701,370
1905	2,540	3.59	9,139,900
1906	2,576	3.66	9,451,480
1907	3,029	3.14	9,546,230
1908	2,516	2.41	6,088,280
1909	2,802	4.06	11,376,580
1910	2,651	4.89	12,785,740
1911	2,158	2.83	6,121,940
1912	3,183	4.09	13,080,260
1913	2,781	2.93	8,159,980
1914	2,272	1.91	4,457,920
1915	3,400	1.75	5,959,440
1916	2,811	2.46	6,968,990
1917	3,295	1.81	5,985,070
1918	1,736	1.91	3,233,630
1919	3,232	1.46	4,739,500
1920	1,094	1.83	2,008,110
1921	152	0.51	78,100

Fuente:

Estadísticas para el período hasta 1902 sólo incluyen las exportaciones del departamento de Loreto, extraídas de Maúrtua, "Geografía Económica del Departamento de Loreto", 147; Las Estadísticas para 1902-1921, incluyen todo el Perú, extraídas de Extracto estadístico del Perú, 1929-1930, 110-111.

Esto, a su vez, llevó al Presidente Nicolás de Piérola a promover la migración de los Andes orientales hacia la Ceja de selva para reemplazar a aquellos que se habían ido (Rumrill, 20). La intervención del gobierno en promover la migración sierra-selva, marcó un cambio importante ya que previamente los serranos habían sido considerados candidatos no apropiados para poblar la selva, comenzando así el patrón de migración interna que imperaría a lo largo del siglo veinte.

Los nativos fueron crecientemente coercionados para trabajar en la recolección de caucho, porque presentaban mano de obra más abundante y barata que los migrantes. Desde hacía mucho tiempo, los grupos indígenas habían sido maltratados ya que la ideología imperante de la época los consideraba como salvajes que impedían el desarrollo. Usualmente, intentos de defender los territorios tribales provocaron violentas reacciones por parte de los nuevos pobladores de la zona y de las fuerzas gubernamentales.

Por lo tanto, al principio del boom cauchero, los nativos fueron vistos como un recurso explotable más (Izaguirre, *pássim*). En el área de Madre de Dios, numerosas tribus fueron completamente aniquiladas, mientras que otras, a lo largo de la selva, estaban al borde de la extinción. Dentro de los dominios de Arana, en el valle de Putumayo, aproximadamente el ochenta por ciento de la población fue exterminada, más de 30,000 personas (Rumrill, 21).

Los repetidos abusos en contra de los nativos del área de Putumayo causaron un escándalo internacional que envolvía a peruanos e ingleses. A través de las últimas décadas del siglo diecinueve, los gobiernos del Perú y Colombia habían discutido sobre los derechos fronterizos, llegando finalmente en 1905 a un acuerdo. Sin embargo, las disputas locales continuaron debido a la falta de control sobre los habitantes del área por parte de ambos gobiernos. Durante el boom del caucho, reportajes acerca de los horrorosos niveles de abusos físicos en contra de los nativos llegaron al exterior. Esto sucedía especialmente dentro de las propiedades de Arana, bajo el dominio de la empresa inglesa "Peruvian Amazon Company". Un juez peruano estimó que cada uno de los tres mil nativos que vivió en el área, tenía cicatrices de latigazos. En 1907, el cónsul de Estados Unidos en Iquitos reportó haber visto nativos encadenados, muriendo de hambre, por no haber cumplido con la recolección esperada (Werlich, 306). El ingeniero norteamericano W.E. Hardenburg, describió las condiciones de los nativos en la región de Putumayo como "peor que esclavitud" ya que se encontraban desnudos, sin sus familias, cosechas, ni pertenencias; se les vendía al por mayor; eran flagelados, abusados sexualmente, negados al servicio médico, castrados, mutilados y torturados para la diversión de sus propietarios (Hardenburg, 184-186). El mismo Hardenburg había sido detenido por la fuerza por la mencionada compañía, escapando apenas a un intento de asesinato por parte de los matones locales.

El escándalo de Putumayo alcanzó proporciones internacionales cuando "El Comercio" y "Truth" (un periódico inglés expositor de corrupción) publicaron recuentos acerca de abusos. "Truth" enfatizó la responsabilidad inglesa en el caso, denun-

ciando que la Peruvian Amazon Company estaba registrada en Londres, que muchos de sus dirigentes fueron ingleses, y que la mayoría de los capataces procedían de la colonia británica de Barbados (Werlich, 367). El gobierno inglés envió un representante para investigar el caso, lo que llevó al presidente Augusto B. Leguía a formar una comisión judicial. Los investigadores peruanos encontraron veraces las acusaciones y extendieron órdenes de arresto para más de 200 personas. Aunque setenta y cinco empleados de la compañía llegaron a estar en prisión, la mayoría de los acusados huyeron de la región. Incluso, algunos de ellos prosperaron en la política de Iquitos (Werlich, 368). La misma Amazon Company ni siquiera recibió una reprimenda por parte del gobierno peruano, y a pesar que los tratos a los nativos mejoró luego de la investigación, la flagelación y otros maltratos continuaron. Como dijéramos anteriormente, la virtual esclavitud de los nativos derivó del deseo de obtener una abundante y barata mano de obra y de considerarlos subhumanos. Esta visión, elemento central de la visión oficial de la selva como una zona inhabitada (ya que los pobladores nativos no eran considerados), tendría trágicos resultados a lo largo del siglo veinte.

El boom del caucho inició la entrada a gran escala de capital extranjero a la selva peruana. Iquitos se convirtió en una meca internacional; comerciantes e inversionistas convergieron en él y en 1905 el censo municipal anotó la residencia de ciudadanos de diecisiete naciones. Los ingleses lideraron esta afluencia, ya que sus casas de intercambio dominaron el comercio de caucho y una gran parte del negocio de importaciones, mientras que sus bancos y otras instituciones florecieron. El valor de la tierra aumentó durante la bonanza del caucho y gran parte de la selva peruana pasó a manos de intereses extranjeros a consecuencia del otorgamiento de grandes concesiones.

La colonia británica Perené, que controlaba casi medio millón de hectáreas en la selva central, tuvo una historia particularmente sensacional. En 1889, el Congreso peruano autorizó la transferencia de dos millones de hectáreas de la selva a los acreedores británicos, en pago de las deudas contraídas durante la Guerra del Pacífico. A pesar de haber sido obligada a dividir la propiedad, la compañía mantuvo el control sobre un cuarto del territorio (utilizando sólo una parte de este); lo que Rumrill llama "un país dentro de otro" (Rumrill, 101). La administración dominó la vida de la región, la cual incluía los segmentos de los valles de Chanchamayo y Perené. Similar a lo que sucedió en el Putumayo, pero esta vez incluyendo a los serranos migrantes, se registraron abusos en las formas de enganche, miserables pagos y malas condiciones de trabajo y violencia. El control absoluto de los propietarios debido al aislamiento del área empeoró aún la situación (Rumrill, 101-105). La colonia Perené probablemente fue la hacienda más grande del país, indicando así la internacionalización de la selva, y su trágico impacto regional.

El boom del caucho incrementó las comunicaciones de Iquitos con otras naciones, particularmente Europa y Estados Unidos. En 1889, comenzó el servicio mensual de vapores entre Liverpool, Nueva York, e Iquitos. En el lapso de diez años, los vapores llevaron 7,000 pasajeros, anualmente, a la capital loreana. Cincuenta peque-

ños vapores cubrieron más de 50,000 kilómetros de ríos en el oriente peruano. Una compañía británica instaló una línea entre Iquitos y Para. Hacia 1900, estas naves transportaban 10,000 toneladas de mercadería y 3,000 pasajeros a través del río Ucayali, consumiendo 50,000 dólares en leña (Werlich, 371). La exportación de caucho y la importación de la mayoría de bienes de consumo de la región, representaron la principal carga. La entrada de la selva peruana a la esfera de dominación norteamericana y europea se dio a través del río Amazonas.

A la vez que el boom del caucho causó una actividad económica sin precedente en la cuenca amazónica, su aislamiento del resto del país aumentó. La mayoría de los caucheros fueron nativos; el capital extranjero dominó el intercambio; y el caucho fue transportado a través del Amazonas en vez de pasar por los Andes (Durham, 5). El Estado peruano jugó un papel menor en el comercio de caucho, ya que los líderes del comercio provieron de la pequeña infraestructura requerida y dependieron de los recursos locales de mano de obra. Las ganancias provenientes del boom del caucho, y la creciente autonomía de la región, motivaron al gobierno a facilitar el contacto entre la costa y la selva. Sin embargo, las iniciativas del Estado demostraron un énfasis, una motivación, y unos resultados similares a los del siglo diecinueve.

La ligazón costa-selva continuó siendo el elemento primario en la política estatal. Durante el boom del caucho, la simultánea importación de víveres por parte de la selva y de madera por parte de la sierra, demostró el contraproducente aislamiento de la región. Se hizo aparente que la selva podía proveer necesarias materias primas a la vez que consumir víveres y otros productos serranos. En consecuencia, años anteriores a que el Canal de Panamá proveyera una conexión trans-oceánica, se discutieron frecuentemente en Lima propuestas para la construcción de vías férreas y carreteras. La carretera central fue construida a mediados de los años 1880 bajo la dirección de Joaquín Capelo. En sus notas acerca de la construcción de esta carretera enfatiza las dificultades naturales que presentaron los Andes y la selva, a la vez que elogia las virtudes de la cuenca amazónica. Capelo defendió los grandes proyectos de colonización, asegurando que un migrante podría volverse rico en el lapso de cuatro años sin necesidad de "excesivo" trabajo (Capelo, 237). A pesar que los vínculos con la montaña se incrementaron y que algunas de las mencionadas propuestas se materializaron eventualmente, ninguna otra ruta de importancia mayor fue terminada en este período. La vía del Pichis, uno de los lugares propuestos para la llegada de la vía férrea, fue completa, uniendo el valle de Chanchamayo con el río Pichis (Werlich, 371).

El gobierno peruano auspició la mayor parte de los proyectos que fueron dirigidos por firmas extranjeras. Las comunicaciones inter-regionales mejoraron ya que la vía del Pichis permitió el servicio de correo directo entre Lima e Iquitos (Delboy, 14-15). En 1903, se iniciaron las telecomunicaciones entre la montaña central y Masisea, y en 1921 se inició la propia entre Lima e Iquitos (Rumrill, 21). Entre los años 1927 y 1930, se iniciaron los vínculos aéreos, primero por motivos militares y postales, y luego por comercio.

Cuestiones de seguridad fueron siempre las fuerzas primarias que impulsaban al gobierno a tomar iniciativas con respecto al transporte. Los beneficios provenientes del comercio cauchero aumentaron la amenaza de intrusión extranjera en la selva. Además, los residentes se rebelaron numerosas veces en contra de la intrusión del gobierno. La anteriormente mencionada controversia acerca del territorio de Acre, estimuló el aumento de la exploración de la selva sur auspiciada por el gobierno. Las disputas en la región continuaron a pesar que el Perú ya podía demarcar su territorio y de que las comunicaciones del área con Iquitos y Lima habían mejorado. En 1882, con el tesoro nacional agotado por la Guerra del Pacífico, el Congreso impuso un pequeño impuesto sobre los productos que entraban y salían de la selva, el cual, según el gobierno, sería destinado a pagar los salarios de los empleados estatales y a terminar obras públicas (Werlich, 379). En 1883, cuando la recaudación de estos impuestos comenzó, se desataron motines en Iquitos y una gran parte de la población intentó destruir la oficina de aduana (Rumrill, 24). A pesar que los impuestos fueron reducidos luego de estos incidentes, el resentimiento se mantuvo y en 1896 se formó un movimiento separatista. Dirigido por un ex-oficial militar y apoyado por el comandante de la armada local, el grupo tomó Iquitos en Mayo de 1896, al cual se unieron luego las ciudades de Moyobamba y Yurimaguas. Algo muy indicativo del aislamiento de la zona fue que las noticias acerca de las revueltas llegaron a Lima días después, a través de un periódico de Río de Janeiro transportado por barco alrededor del Cabo de Hornos (Basadre, 3087-3088).

Las dificultades encontradas por las Fuerzas Armadas para llegar al área con el fin de acabar con las rebeliones, puso de manifiesto las inferiores condiciones en las que se encontraban las rutas de transporte entre la costa y selva. La primera expedición llegó a Pará, boca del río Amazonas, después de setenta y cinco días, pero no pudo continuar debido a las condiciones del bote. El segundo grupo usó un antiguo camino a través de la Ceja Central, llegando a Iquitos luego de una marcha de cuarenta y cinco días. La tercera tomó el Ferrocarril Central hasta La Oroya, siguiendo a pie a través del valle de Chanchamayo, y luego les tomó alrededor de un mes al llegar hasta un tributario del Amazonas. Cuando las tropas exhaustas llegaron a Iquitos, no pudieron luchar (Basadre, 3088-3090). Sin embargo, la rebelión no consiguió el apoyo necesario y los líderes abandonaron Iquitos antes que las primeras tropas enviadas por el gobierno llegaran (Werlich, 381).

La inundación del mercado mundial con caucho proveniente del lejano Oriente (por contrabando, en manos de agentes británicos, se llevaron semillas de la cuenca Amazónica), marcó el fin del boom cauchero. El Perú fue en términos mundiales, comparativamente, un insignificante productor (conformando menos del 1% del total mundial) y no pudo hacer nada frente a la dramática reducción del valor del caucho. Hacia 1921 el Perú había virtualmente dejado de exportar caucho. La depresión afectó todos los niveles de la sociedad del oriente peruano; la población de Iquitos decayó rápidamente y numerosas revueltas tuvieron lugar. En los últimos meses de 1921, el Capitán Guillermo Cervantes lideró una rebelión de ciudadanos loreanos en contra del gobierno de Leguía. Las condiciones en que se encontraban los insurgentes indicaron el lastimoso estado de Loreto. Un observador describe al grupo como

soldados descalzos ayudados por empleados públicos empobrecidos, sin paga por un lapso de seis meses (Rumrill, 23). A pesar de su ineffectividad militar, la rebelión llevó al gobierno a iniciar una serie de proyectos de transporte y comunicación, temiendo perder la soberanía que Lima aún tenía sobre la región.

Los intentos de colonización continuaron durante el boom cauchero, generalmente a lo largo de las nuevas vías férreas y carreteras. Colonos del área de Chanchamayo, descendientes de inmigrantes italianos, instalaron una población en el Alto Ucayali y los alemanes de Pozuzo extendieron sus propiedades (Werlich, 387-389). Aproximadamente 300 japoneses establecieron un poblado en el Chanchamayo, uniéndose a los migrantes serranos de la región. Sin embargo, la montaña perdió población ya que los nuevos grupos no pudieron compensar el éxodo de los originales habitantes de la zona. La demanda por fuerza de trabajo fue demasiado grande y la ayuda del gobierno, para la migración sierra-ceja, muy débil para soportar la población y el incremento de la producción agrícola de la región.

Los cambios en la economía y en la demografía de la selva como en sus relaciones con el exterior a consecuencia del boom del caucho, fomentó la visión de la selva como una inexplorada fuente de riqueza. Como se anotó anteriormente, la selva se fue aislando cada vez más del resto de la Nación, fortaleciendo así la visión costeña de la región como una inmensa masa de tierra sin mayor actividad cultural o política. Al mismo tiempo, el comercio del caucho (entendido a menudo de una manera burda y romántica, fue para muchos indicativo del potencial de la región como productor de bienes de exportación. Por lo tanto, se diseminó la interpretación de la selva como una zona de "recursos no explotados", ya que las iniciativas gubernamentales anteriores y la vida de la región fueron ignorados.

Esencialmente, el boom del caucho llenó las expectativas de las anteriores administraciones que, a lo largo del siglo diecinueve, habían vislumbrado a la selva como futura de tremendas riquezas. La visión de la región, como inhabitada e inexplorada, representó también un elemento consistente en la retórica oficial, ya que se hizo muy poca mención acerca de la vida en la región y de las anteriores incursiones del gobierno. Desde la perspectiva oficial, la selva había estado siempre "vacía" y esperando por una extremadamente provechosa explotación. Mientras esta hiperbólica interpretación de la selva continuó y aumentó durante el boom cauchero, el patrón de ineffectividad de las políticas del gobierno también persistieron. Esto puede ser explicado en parte por la naturaleza del comercio internacional, las inherentes dificultades en la administración de cualquier tipo de programa, y la política de "laissez faire" que estaba en el ambiente de la época. Sin embargo, la ausencia de una coherente política gubernamental refleja, sobre todo, la posición secundaria que la selva tenía para el Estado. A pesar que el Perú oficial constantemente proclamaba los beneficios de incorporar a la selva, sólo se llevaron a cabo escasos intentos de transformar las ganancias provenientes del caucho en inversiones a largo plazo.

El Estado formuló políticas, primariamente, en respuesta a cuestiones de seguridad o como solución a problemas en la costa o en la sierra, sin tomar en cuenta las pretensiones que el desarrollo económico de la selva estimularía la modernización.

En vista de la inevitable naturaleza de corto plazo del comercio del caucho y la inmediata exportación de la mayor parte de las ganancias, la ausencia de iniciativas estatales para re canalizar los beneficios generados significó que el boom financiara una efímera prosperidad en la región, mientras que debajo varias consecuencias negativas. Iquitos regresó a su estancamiento anterior al boom del caucho, mostrando sólo algunos pocos indicadores de la opulencia que vivió. Los recursos caucheros fueron depredados y ocurrieron otros daños ecológicos irreversibles. Las poblaciones nativas fueron seriamente amenazadas. El gobierno no pudo fomentar ninguna clase de crecimiento a largo plazo porque la selva, tal como se ve en el análisis de los trabajos de los intelectuales peruanos de principios del siglo veinte, continuó representando una solución a los problemas sociales y económicos de la costa y sierra, en vez de una región cuyo potencial requería de grandes inversiones y de la consideración de su población, culturas y geografía.

LOS POSITIVISTAS

El esplendor económico del boom cauchero, combinado con el resurgente interés en la "frontera", debido a la polémica tesis del norteamericano Frederick Jackson Turner, transformaron la selva en un tema de interés para los intelectuales peruanos de comienzos del siglo. En 1893, Turner presentó en Chicago una monografía argumentando que el continuo movimiento hacia el oeste de los Estados Unidos creó "las costumbres democráticas, las cualidades individualistas y la prosperidad económica" de la nación. Turner manifestó que el oeste representó una fuerza evolutiva social, económica y política, constituyendo la base del desarrollo del país. Esta tesis, que se utilizaba para justificar la expansión del imperialismo norteamericano, influyó fuertemente a los positivistas peruanos. La selva se convirtió en uno de los focos de estudio de la Generación de 1900.

Este grupo, liderado por José de la Riva Agüero, Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaúnde, emanaron del positivismo spenceriano dominante en San Marcos de finales del siglo diecinueve y principios del veinte. Sus escritos estuvieron marcados por una constante búsqueda y creación de una identidad nacional (cada uno de ellos estudió apasionadamente la historia del Perú), ya que buscaban reconstruir material y espiritualmente lo que ellos consideraron una moribunda nación. Según Julio Cotler, esta gran preocupación se centró en la creación de un Estado-Nación, dentro de la cual una clase dominante pudiera manejar una sociedad altamente estratificada (Cotler, 121). La Amazonía llegó a tener una importante posición en sus programas como escenario de heroísmo histórico y futura fuente de progreso social y económico.

En un discurso presentado en la Universidad de Rice en 1922, Víctor Andrés Belaúnde articuló las repercusiones de la tesis de Turner, elogiando su descripción

del “elemento dinámico por excelencia en el desarrollo de la América Anglo-sajona” (Rice Papers, 202). En palabras de Víctor Andrés Belaúnde:

“Sabemos hoy, a través de sus estudios (Turner) que la frontera, que es el avance progresivo y asimilante hacia nuevas tierras, ha producido el perpetuo renacimiento y la gran fluidez en la vida americana y como consecuencias esenciales, en el orden psicológico, el individualismo americano, el espíritu de empresa, y la actividad creativa; en el orden económico, la necesaria base sólida y fisiocrática de la sociedad...” (Rice Papers, 202-203)

Belaúnde argumenta que Latinoamérica carece de frontera, ya que la Corona Española descubrió y exploró los territorios entre California y el estrecho de Magallanes durante el siglo dieciseis, enfatizando el descubrimiento y sólo poblando regiones que ofrecían fuentes de riqueza. Por otro lado, los británicos escasamente colonizaron el lado Oeste de sus posesiones en el Atlántico, permitiendo la subsecuente expansión del siglo diecinueve y los concomitantes aspectos beneficios del movimiento. Belaúnde también incorpora factores geográficos; ya que contrasta las “fértiles, accesibles tierras del interior” de los Estados Unidos con la inaccesible, agriculturalmente marginada cuenca amazónica, los impenetrables Andes, los monopolizados campos chilenos, y los desiertos y pantanos de México (Rice Papers, 205-211). Por lo tanto, la ausencia de fronteras, para Belaúnde, constituyó la diferencia primaria entre Latinoamérica y Estados Unidos, explicando el “atraso” de la región en los siguientes términos:

“Los países andinos presentan hoy el mismo carácter que presentaron en la época colonial; con ciudades sin movimiento, población estacionaria, y con signos evidentes de la falta de características de países con fronteras: el crecimiento juvenil, la fluidez y la constante transformación en el organismo social”.

En vista a esta utilización de la tesis de Turner, las causas del interés de Víctor Andrés Belaúnde y sus colegas se hacen claras, ya que la selva representó la frontera de la que el Perú había carecido hasta el momento.

La serie de trabajos históricos acerca de la selva producida por este grupo, contiene una interpretación común: la victoria del hombre sobre los trópicos salvajes en nombre del Perú. Raúl Porras Barrenechea, “Sucesor” de la Generación de 1900, ejemplifica esta tendencia, ya que escasamente distingue entre las varias fases de la explotación y poblamiento. Dice:

“La historia de la Amazonía se caracteriza por la rotunda vocación de peruanidad que se muestra en cada uno de los grandes movimientos de nuestro desarrollo en la cultura occidental, desde la conquista hasta nuestros días”.
(Porras Barrenechea, 12)

En los mismos términos, Víctor Andrés Belaúnde escribe: “La historia de la amazonía puede ser reducida a tres palabras: heroísmo, fe y trabajo” (Porras Barre-

nechea, 12). Los Protagonistas de cada período fueron pintados como héroes novelescos, en muchas formas similares a aquellos ficticios del oeste norteamericano. Los conquistadores, por ejemplo, fueron descritos como valientes hombres de fronteras. En palabras de Porras Barrenechea”:

“Ellos cruzan ríos, desafían la selva, fundan ciudades y regresan con sus ropas destrozadas y sus brazos razguñados pero con su espíritu derecho, listo para más aventuras”.

(Porras B., 29).

Los conflictos entre los distintos grupos de exploradores y colonizadores, no fueron tomados en cuenta en esta revisión de la historia amazónica, mientras que se enfatizaron los héroes y beneficios de la Conquista. Los esquemas de la colonización hecha por los Incas, las entradas de los conquistadores, los esfuerzos misioneros de Franciscanos y Jesuitas, y los diferentes booms extractivos están mezclados e interpretados como faces de la Peruanidad.

Como la tesis de Turner, estos trabajos no toman en cuenta factores económicos e ignoran la diferenciación regional y temporal. Para la mayoría de analistas contemporáneos, el patrón de desarrollo en la cuenca amazónica, alude a términos tales como “explotación” y “negligencia” más que “colonización” y “heroísmo”. Sin embargo, los artículos y libros escritos por Belaúnde, Riva Agüero, y Porras Barrenechea, no fueron concebidos como trabajos empíricos sino como formadores de una conciencia nacional acerca de la selva y la creación de una frontera mítico-histórica. Como intelectuales nacionalistas, históricamente orientados, estos escritores crearon una realidad histórica (o super-realidad), sobre la que se basaría el subsecuente desarrollo de la región. Se presentó a la selva como una región apremiante, pero al fin y al cabo hospitalaria. Los anteriores fracasos fueron olvidados o transformados en gloriosos eventos. La selva se convirtió en una frontera virtualmente inhabitada, ilesa, y lista para el desarrollo. Dentro de este esquema, la migración fortalecería el carácter peruano y acrecentaría beneficios sociales y económicos.

Mientras que los positivistas pedían la europeización del país a través de la migración, las posibilidades de grandes colonias de “blancos” en la selva parecía algo remoto hacia comienzos del siglo veinte. Joaquín Capelo había reconocido esto y reportó que el colmo europeo “es el más exigente, ya que apenas pisa nuestras orillas, no puede vivir sin carne, vino y abundante comida... también rechaza el trabajo rudo” (Capelo, 480).

La Guerra del Pacífico y los subsecuentes levantamientos populares, habían enfocado la atención de la élite en las clases populares y en la ausencia de fuertes vínculos nacionales. La necesidad de “peruanizar” las masas se convirtió en una prioridad, ya que se culpó a las “debilidades” de éstas por el estancamiento y el descontento social. Las clases populares fueron vistas como débiles, ociosas, crecientemente irrespetuosas, y potencialmente revolucionarias. La migración hacia la selva fue presentada como una solución al “anémico” carácter nacional. Se esperó que la ética de

trabajo duro y el nacionalismo, se formarían a través del desarrollo de la economía de exportación tropical peruana.

El peruano pasó a ser el sujeto de la política y retórica fronteriza. Capelo aseguró que el migrante podía volverse rico con unos pocos años de liviano trabajo. Víctor Andrés Belaúnde describe la formación del “nuevo peruano” a través del rudo trabajo y la prosperidad ofrecida por la selva. Estos escritores visualizaron el movimiento hacia el oriente (he aquí la influencia de la tesis de Turner) como la fuerza del espíritu rejuvenecido de trabajo fuerte, empresa, y riqueza bajo el control de un Estado hegemónico. Belaúnde elogia a los caucheros por representar esta nueva ética, describiendo cómo el trabajador:

“Viene del centro de la tierra, músculos de acero, indomable carácter, sumergido en los pantanos y rodeado de maleza, con el pecho desnudo y machete en la mano encarnado el lema ‘encuentro un camino o lo hago’. Duerme bajo las estrellas o en una cueva... Siempre optimista”.

(Porras Barrenechea, 13)

La exaltación de los efectos positivos de esta experiencia continuarían. Por ejemplo, en el cuento “La Madre” de Ciro Alegría, un joven cauchero encuentra a la selva difícil pero al fin y al cabo hospitalaria. Sus aventuras y duro trabajo fortificaron su débil carácter urbano.

La interpretación positivista y la utilización de la selva, fueron similares a las de los diferentes gobiernos del siglo diecinueve: la selva continuó siendo presentada como la panacea nacional, sirviendo, en realidad, como una solución efímera a los problemas de la costa y sierra. Grandes diferencias estructurales y temporales se hicieron evidentes entre las etapas (el cambio de énfasis de pioneros europeos a migrantes peruanos, y de colonización agraria a enclaves de exportación); sin embargo, la retórica continuó concentrada en el potencial de la región como proveedor de ganancias y como fuerza “nacionalizadora”. Los resultados de la política también cambiaron poco, ya que las ineficientes e incompletas iniciativas del transporte y del desarrollo regional, reflejaron la posición de la selva como recurso de explotación para el beneficio de las clases dominantes de la costa y sierra. Aunque las diferencias en las presiones sociales y económicas de las diferentes etapas son evidentes, las concepciones y motivaciones del Estado cambiaron muy poco.

EL SIGLO VEINTE

En las décadas siguientes al boom del caucho, la interpretación y utilización de la selva continuó mayormente el patrón aplicado a través del siglo diecinueve y articulado por los positivistas. El Estado promovió constantemente —por lo menos retóricamente— el desarrollo económico de la región presentándola como un potencial

recurso de unidad nacional, vigorización espiritual, modernización y autosuficiencia. Sin embargo, en vez de promover la infraestructura necesaria para cumplir estos ideales, la política de gobierno continuó siendo formulada como una conveniente "solución" a los problemas sociales y económicos de la costa y sierra. La divergencia entre las promesas del gobierno y la política iniciada, impidió la racional incorporación y crecimiento económico de la región. La selva presentó (en palabras de criterios de la política del gobierno), "una válvula de escape" para la dirección política y, a pesar de la propaganda gubernamental, la selva continuó teniendo un papel secundario para el Perú oficial; siendo utilizada sólo cuando es necesario.

Sucesivos booms, provenientes de la exportación de bienes de extracción, tuvieron lugar en la selva después de los primeros años de la década del veinte, mostrando similares características, pero no la misma magnitud, del boom cauchero. La comercialización de caoba y cueros exóticos en los años veinte, márfil vegetal en los treinta, nuez de Brasil y palorosa en los cincuenta, y aceite a partir de los treinta, produjeron cortos períodos de intensa actividad en la cuenca amazónica (Rumrill, 20). Se puede encontrar similitudes en la organización y consecuencias de las actividades extractivas, como por ejemplo: miserables condiciones de trabajo, depredación de bienes, y la naturaleza efímera del intercambio y sus ganancias. Las fronteras económicas del Perú se extendieron, ya que áreas anteriormente ignoradas (a menudo refugio de tribus nativas) fueron exploradas en busca de más trabajadores y bienes de exportación. Sin embargo, no se volvió a dar el frenesí económico del boom del caucho, ya que las exportaciones de la selva nunca excedieron el 1% del total de exportaciones del país después de 1919 (Durham, 5). Algo indicativo de la baja que sufrió la economía de la región y del poco crecimiento generado por la economía extractiva, fue que el valor de las importaciones de la región igualaron al doble de sus exportaciones entre las décadas del veinte y cuarenta (Rumrill, 24).

La expansión de colonias agrarias a lo largo de la Ceja a partir de los años veinte, representó un importante y único fenómeno. Frente a la monopolización de tierras y el general declinamiento de la economía serrana, y atraídos por la demanda de productos subtropicales junto con la posibilidad de conseguir tierras y empleo, los campesinos serranos migraron hacia la selva oeste. Kathleen Durham, demarcó tres diferentes fases de movimientos de frontera hacia la Ceja Central, proveyendo un modelo general del patrón de migración. Desde mediados de los años treinta hasta el final de la segunda guerra mundial, el sistema de enganche obligó a muchos campesinos andinos a migrar a la Ceja para trabajar en grandes haciendas. Entre 1947 y 1962, medianos propietarios (de 50 a 100 hectáreas), proliferaron a consecuencia del enfrentamiento de las mencionadas haciendas, las cuales se sostuvieron básicamente con el sistema de enganche.

Este último fue virtualmente destruido debido a la expansión del sistema de salarios en la sierra y al incremento de la escala de pagos en la selva. Desde los años cincuenta, han predominado las ocupaciones de tierras, privadas y públicas no utilizadas, por parte de los serranos. Se establecen así comunidades agrarias, productoras de víveres para el mercado interno (Durham, 10-21). A pesar que ésto representa tan

sólo la tendencia de una región, se pueden ver diferencias esenciales con períodos anteriores. Los residentes serranos, en vez de europeos o nativos, constituyeron los agentes para la expansión fronteriza; la producción agrícola para el mercado nacional prevaleció, y, a diferencia de los fracasados esquemas de colonización europea, se establecieron centros poblados.

El rol del Estado en la migración de los residentes serranos hacia la Ceja es un tópico obscuro y relativamente ignorado. En general, las acciones del Estado respecto a las colonias agrarias siguió el patrón evidente en el siglo diecinueve y principios del veinte. Desde los años treinta, virtualmente cada administración ha expresado los beneficios e inclusive la necesidad de incorporar la selva, particularmente para la producción agrícola. La naturaleza de esta ayuda ha cambiado —desde la promoción de Piérola para reubicar a los trabajadores serranos en la selva en 1890; los cautelosos planes de Rómulo Ferrero para la migración sierra-selva en 1939; el llamado enfático de Emilio Delboy para la incorporación; hasta el verboso énfasis de Fernando Belaúnde Terry en la colonización agraria— sin embargo, la expansión de las actividades económicas han sido presentadas como la prioridad nacional a través del siglo veinte.

Los motivos de la ayuda gubernamental para la colonización agraria son al parecer obvias. En el Perú se han incrementado las dificultades para proveer alimentos para el consumo interno, mientras que los problemas políticos impiden dar solución a los obstáculos: la ineficiente división de tierras tanto como el énfasis en la exportación en la costa y sierra. Para la políticamente influyente élite serrana, el incremento de la producción agraria en la selva representó una alternativa más atractiva que la reforma agraria; una vez más, la selva sirvió para aliviar los opresivos problemas del resto de la nación. La conveniencia de fomentar el desarrollo agrario en la selva, es aparente en los años treinta cuando la oligarquía costeña, a través de la Sociedad Nacional Agraria, propuso la migración de trabajadores costeños hacia la selva. Esto coincidió con el resurgimiento del APRA cuya plataforma, en ese tiempo, pedía la nacionalización de los enclaves de exportación en la costa. Para los propietarios, la colonización agraria de la selva representó una “más simple” solución. Similar a ésto fue el esfuerzo de Fernando Belaúnde para promover la migración oriental de los serranos, llevada a cabo cuando los desórdenes campesinos alrededor del valle de La Convención, liderados por Hugo Blanco, amenazaron expandirse a lo largo de la sierra. El plan belaundista para la migración hacia el oriente, sofocó el movimiento antes que se establecieran vínculos con los grupos guerrilleros y sirvió como un sustituto a la reforma agraria.

El establecimiento de colonias agrarias sirvieron a los intereses del gobierno, pacificando las potencialmente volátiles regiones y canalizando el exceso de población hacia la selva. Al mismo tiempo, los centros poblados de la selva pudieron ser utilizados como ejemplos de su exitosa política. Sin embargo, el papel secundario que la selva jugó para el Estado se hizo aparente, una vez más, a través del esporádico e insuficiente apoyo gubernamental. El Estado utilizó a la selva para aliviar los problemas de la costa y sierra, y luego tendió a ignorar la región, una vez que el pretexto

original desapareció. Las colonias agrarias sufrieron constantemente la falta de servicios básicos ya que las promesas del Estado, a menudo la principal causa de la ola migratoria, no se cumplieron. Créditos, caminos, mercados, y otras necesidades infraestructurales no se proveyeron, ya que la atención del Estado estaba puesta en la costa y en la sierra una vez que la migración, o la ayuda retórica del gobierno, sirvió a sus propósitos (Rumrill, *pássim*). La tendencia del Estado de apoyar a la élite regional también impidió el desarrollo de las colonias, particularmente en las partes más aisladas de la selva, ya que los migrantes se encontraron en la misma situación que sus comunidades previas: dependientes de una oligarquía local y sin ayuda del gobierno. En realidad, el rol estatal en el establecimiento de colonias agrarias a lo largo de la frontera oriental, aunque aparentemente innovadora en algunos sentidos, siguió el patrón histórico.

A pesar que los cambios tecnológicos y el incremento de la demanda por productos sub-tropicales aumentaron el éxito del gobierno, sus iniciativas —particularmente los proyectos de transporte— continuaron en la línea de períodos previos. El gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930) inició el acto de reclutamiento en 1920; el cual requería que todos los hombres entre las edades de dieciocho y sesenta trabajaran una semana aproximadamente en la construcción y mantenimiento de carreteras. Esta y otras políticas de transporte tuvieron resultados variados, mientras que diferentes planes para traer europeos fallaron; incluyendo un esquema multinacional para el desarrollo de la parte norte de la nación, instalando una población de más de treinta millones de personas (Werlich, 407-411; Basadre, v.9, 4040-4049). Los líderes peruanos entre 1930 y 1945, motivados por las tradicionales cuestiones de seguridad, la oposición interna y la atracción de las ganancias provenientes de actividades extractivas, promovieron un esfuerzo más consciente para integrar las fronteras orientales. El Mariscal Oscar Benavides, (presidente de 1937 a 1939) y Manuel Prado y Ugarteche (1939-1945, 1956-1962), habían vivido en la selva (la familia de Prado poseía terrenos al este de Huánuco) y enfatizaron, ambos, la construcción de rutas de transporte. En su "Memorandum sobre la selva del Perú", el asociado del presidente Prado, Emilio Delboy, cita a Nicolás de Piérola: "carreteras llegan antes que templos y escuelas; antes que acciones gubernamentales, que el imperio legal, y que la garantía de las industrias porque ellas son condiciones esenciales para todo esto" (Delboy, 39).

Los problemas fronterizos, tanto como la anteriormente mencionada "amenaza" del Apra, indujeron al gobierno a iniciar proyectos de transporte. Entre 1932 y 1934, tropas colombianas y peruanas se enfrentaron en el territorio de Leticia, extremo nor-este de la selva peruana. Las dificultades que el gobierno peruano encontró para llegar a la zona de conflicto, puso de manifiesto la necesidad de mejorar las vías de transporte, y enseguida se construyeron carreteras de penetración hacia Tingo María y Pucallpa (Werlich, 416).

A finales de la década del treinta, las relaciones entre Perú y Ecuador se deterioraron debido a un desacuerdo en las fronteras amazónicas dando lugar a una guerra en Julio de 1941, la cual fue ganada por el Perú (Crist, 100-107). Como dijéran-

mos anteriormente, la construcción de carreteras se enfatizó durante los gobiernos de Prado y Benavides, particularmente la carretera "trans-oceánica" hacia el río Ucayali. Grandes secciones de selva se abrieron para el desarrollo económico, sobre todo alrededor de Pucallpa y Tingo María.

Numerosos proyectos de transporte se han completado desde la Segunda Guerra Mundial, ya que cuestiones de seguridad, problemas internos, efímeros booms y la creencia de que la selva tiene innumerables recursos de riqueza han llevado al gobierno a actuar. Durante el régimen de Manuel Odría (1948-1956), las carreteras de penetración se extendieron, se promovió la producción de madera y víveres y treinta y cuatro colonias militares-agrícolas se establecieron en la frontera amazónica (Werlich, 430, Durham). Durante el segundo gobierno de Manuel Prado, se propuso Perú-Vía, un plan de colonización y construcción de una carretera que costaría ochenta millones de dólares, y que demoraría cinco años en ser construída. Este plan se presentó con miras a aliviar las presiones de "población" en la sierra y para incrementar la producción de alimentos. Sin embargo, después de las elecciones se abandonó.

El presidente Fernando Belaúnde Terry ha personificado el apoyo para la integración de la selva, ya que ha convertido esto en parte central de su carrera política. Sus planes para la carretera Marginal y su ámpliamente publicitado viaje a través de la selva convirtieron a la región en un tema de primer interés para el Perú. Virtualmente cada partido político incorpora a la selva dentro de su programa, usualmente apoyando en términos vagos la incorporación y desarrollo económico de la región. Las propuestas de Belaúnde han interesado inclusive a observadores extranjeros. Ha recibido apoyo de numerosas organizaciones internacionales y de gobiernos que buscan caminos "moderados" para la Latinoamérica post-revolución cubana. Su elección en 1963 causó también una extensa migración de serranos hacia el oriente, los cuales creyeron en sus promesas de tierras y prosperidad. A pesar que la historia de la política belaundista no puede ser detallada en este trabajo, la relación entre su retórica y sus iniciativas parece seguir el patrón del Perú republicano. En su Libro la selva se presenta como la panacea nacional social y política y como una inexplorada fuente de recursos. Exhibiendo el optimismo de los reformistas latinoamericanos de fines del cincuenta y de los sesenta, el contenido del libro se parece a los trabajos de Víctor Andrés Belaúnde y otras publicaciones oficiales acerca del potencial de la selva.

La política de Fernando Belaúnde en la selva, asemeja a las de las administraciones anteriores que no cumplieron con las expectativas creadas. Una vez más las facilidades de transporte no se completaron, no se proveyó de suficiente apoyo a las colonias agrarias, y el incremento de la actividad económica dañó la base ecológica de la región, amenazando a los nativos (Rumrill, pássim; Oiga; Marka). Presiones políticas y sociales de la costa y sierra, continuaron constituyendo la fuerza primaria para las iniciativas del gobierno. Esto fue evidente en la decadencia del apoyo del gobierno belaundista para la colonización agraria, una vez que la guerrilla y el levantamiento campesino subsidiaron y más inmediatos problemas políticos —que no podían ser resueltos con una migración hacia el oriente— emergieron en Lima. A pesar de la hipóbole desarrollista del gobierno belaundista, la selva continuó teniendo una posi-

ción secundaria durante su primer gobierno. La selva fue una "válvula de escape", usada esporádicamente para aplacar problemas presionantes, de manera políticamente conveniente, la cual imposibilitó el éxito de sus proyectos; una tendencia discernible a través de la historia del Perú republicano.

La naturaleza destructiva de la incrementada actividad económica en la selva (descrita en la introducción), puede por lo tanto ser entendida como una consecuencia de la herencia histórica del uso oficial de la región. El gobierno peruano ha persistido en formular su política hacia la selva para aplacar, y por momentos para relocalizar, movimientos sociales explosivos, para obtener "victorias hegemónicas" y para defender las fronteras nacionales. Este énfasis en beneficios inmediatos ha impedido grandemente la incorporación y desarrollo de la región en términos de largo plazo. Áreas inexploradas o ignoradas están siendo incorporadas, mientras que pequeños pueblos y colonias están experimentando un incontrolado y sin precedente crecimiento. La continua utilización de la selva para la obtención de beneficios a corto plazo por parte del gobierno y la relativamente mínima infraestructura proveída por el sector privado debido a la extractiva naturaleza de sus inversiones, ha significado que la incrementada actividad económica resultara en una amplia depredación ecológica y gran mortandad de nativos junto con la destrucción de su territorio. La cultura, economía y necesidades de la misma selva han sido ignoradas a través de la historia peruana, patrón que ha traído resultados cada día más trágicos. (*Traducido por Zoila Mendoza B. y el autor*).



BIBLIOGRAFIA

ALEGRIA, CIRO

La Madre, en Elias Taxa Cuadros, *La Selva en la narración peruana*, Lima, 1967.

ARONA, JUAN DE

La inmigración en el Perú, Lima, 1891.

BASADRE, JORGE

Historia de la República del Perú, Volúmenes 1-9, 1961, editorion, Lima: Ediciones Historia, 1961.

BELAUNDE TERRY, FERNANDO

Peru's Own Conquest, Lima: American Studies Press, 1965.

BONILLA, HERACLIO

Un siglo a la deriva, Lima: IEP, 1980.

CAPELO, JOAQUIN

La vida central del Perú, Lima: Imprenta Masias, 1895.

CHAVARRIA, JESUS

"The Intellectuals and the Crisis of Modern Peruvian Nationalism: 1870-1919", *Hispanic American Historical Review*, May, 1973.

CHIRIF, ALBERTO

"Internal Colonization in a Colonized Country: The Case of the Peruvian Amazon", en *Land, People, and Planning in Contemporary Amazonia*, Cambridge: Cambridge Press, 1979.

COTLER, JULIO

Clases, estado y nación en el Perú, Lima: IEP, 1978.

CRIST, RAYMOND and CHARLES NISSLY

East from the Andes, Gainesville: University of Florida Press, 1973.

DELBOY, EMILIO

Memorandum sobre la selva del Perú, Lima: Sanmarti y Cia. 1942.

DREWES, WOFRAM U.

The Economic Development of the Western Montaña of Central Peru as Related to Transportation, Lima: Peruvian Times, 1958.

DURHAM, KATHY

"Expansion of Agricultural Settlement in the Peruvian Rainforest: The Role of the Market and the Role of the Estate". Monografía presentada en la conferencia de la Asociación de Estudios Latinoamericanos y la Asociación de Estudios Africanos, Houston, Texas Noviembre, 1977.

"Chronology of Major State Initiatives in the Peruvian Jungle"; inédito.

FERRERO, ROMULO

Los problemas de la colonización en el Perú, Lima: Editorial Rimac, 1939.

GARDINER, C. HENRY

The Japanese and Peru, 1973. Albuquerque: The University of New México Press, 1975.

GUILLAUME, H.

The Amazon Provinces of Peru, London: Wyman and Sons, 1888.

HARDENBURG, WE.

The Putumayo — The Devil's Paradise, London: T. Fisher Unwin, 1912.

HARTZ, LOUIS

The Founding of New Societies, New York: Harcourt, Brace and Wald, 1964.

IZAGUIRRE, BERNARDINO

Historia de las misiones franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el Oriente del Perú. Volumen 9-12, Lima: Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, 1922.

JOYCE, CHRISTOPHER

"Peru's Ecological Disaster", *New Scientist*, June 18, 1981.

LOPEZ ALBUJAR, ENRIQUE

"El hombre de la bandera", *Cuentos Andinos*, 904 edición, Lima: 1975.

MARKA, J.

"Amazonía: el botín del presente," *Noviembre* 9, p. 9.

MINISTERIO DE AGRICULTURA

Legislación peruana de tierras de montaña, Lima: Edición Oficial, 1956.

ORTIZ, P. DIONISIO

Chanchamayo: Una región de la selva del Perú, 2 vols., Lima: Imprenta Salesiana, 1969.

Oxapampa: Estudio de una provincia de la selva del Perú, 2 vols, Lima: Imprenta Editorial "San Antonio", 1967.

PARTICIPACION

SINAMOS, Número 5, Abril, 1974.

PORRAS BARRENECHEA, RAUL

El Perú y la Amazonía, Lima, 1961.

Presencia del Perú en la Amazonía, Lima, 1961.

RAIMONDI, ANTONIO

El Perú, Volumen 4, Lima: Librería e Imprenta Gil, 1902.

RICE INSTITUTE POMPHELET

Volumen 10, Number 4, October, 1923.

SALAZAR BONDY, AUGUSTO

Historia de las ideas en el Perú Contemporáneo. Volúmenes 1-2, Lima: Francisco Moncola, 1965.

SMITH, RICHARD C.

"Peru's Pichis-Palcazu Project: An Update," September 15, 1981.

STEWART, WATT

Henry Meiggs, Yankee Pizarro, Duman: Duke University Press, 1946.

TAYLOR, GEORGE ROGERS

The Turner Thesis, Lexington: D.C. Heath and Co., 1972.

VARESE, STEFANO

The Forest Indians in the Present Political Situation of Peru, Document No. 8, Copenhagen: International Working Group for Indigenous Affairs, 1972.

VARGAS LLOSA, MARIO

La casa verde, Barcelona: Seix Barral, 1965.

La guerra del fin del mundo, Barcelona: Seix Barral, 1981.

Pantaleón y las visitadoras, Barcelona: Seix Barral, 1968.

VILLAREGO, AVENCIO

Así es la selva, Iquitos: Ceta, 1979.

WERLICH, DAVID

The Conquest and Settlement of the Peruvian Montaña, Ph. D. Dissertation, University of Minnesota, 1968.